



VERDADERA RELACION DE LOS TRAGICOS AZARES QUE OCASIONAN LAS MUGERES

amigas de bromas y licores á sus pobres maridos, sin atender al corto jornal que ganan; con lo demas que verá el curioso.

PRIMERA PARTE.

Hoy pretende mi rudeza á mi auditorio esplicar lo que hacen las mugeres cuando salen á comprar.

Hablaré por las casadas las de corto zagalejo, con la mantilla caída y de mediano gracejo.

Estas salen á las ocho á las plazas á comprar, llevan la cesta en el brazo, y á otras suelen encontrar.

Aunque no sean conocidas, se saludan cortesmente, y dicen: vamos vecina á beber el aguardiente.



Dice la mas descarada:
eche usted unas copitas,
porque estoy mas asustada
que las ánimas benditas.

Qué tienes, dice la otra,
que estás tan acongojada?
Te lo diré si me escuchas
palabra sobre palabra.

Sí, muger, dí cuanto quieras,
que yo me alegraré mucho
de saber cuanto te pasa,
es todo mi mayor gusto.

Pues ya que me das licencia,
has de saber, Marianita,
que el bribon de mi marido
me tiene la sangre frita.

Con la muger del cabrero
gasta todo su jornal,
y como es corto, no podemos
satisfacernos de pan.

Si no fuera por mis mañas,
que le sé coger la vuelta
para hablar con mi querido,
ya estaria de hambre muerta.

Este es un gallardo mozo;
pero aunque no tiene oficio,
solamente su presencia
tiene mi afecto propicio.

El me trae de la casa
de sus padres cuanto puede,
y regala á mi vecina
porque avise cuando viene.

Yo no sé por qué persona
mi marido lo ha sabido,
que lo mismo que un demonio
de continuo está conmigo.

Diariamente una peseta
solo me dá para comprar,
y esta quiere de que alcance
para comer y cenar.

Para almorzar sabes que hago,
sino viene mi querido,
unas sopas y un torrezno,
y medio chico de vino.

Pero muger, no bebemos?
vaya otra ronda, Juliana;
esta dice, eche usted copas
y dos vizcochos por barba.

Responde la Micaela,
sino lo tomas á enojo,
no puedo menos decirte
que lloras con solo un ojo.

Tu marido no es tan malo;
pues tanto te maravillas:
no hay dia que el mio á mí
no me sobe las costillas.

Si el mio á mí me entregára
una diaria peseta,
no me habia de ganar
ninguna á estar petimetra.

Yo no soy tan desgraciada,
replicó la Micaela,
tengo buen palmo de cara,
y no falta quien me quiera.

Y por último, señoras,
hasta ahora no hemos bebido,
échese por mí una ronda,
y vengan todas conmigo.

Todas pagaron tres veces
antes de ir á comprar,
y dan palabra á Micaela,
que la han de acompañar.

Salen todas en tropel,
en amor y compañía,
y en seguida se metieron
en una buñolería.

De estos mandaron sacar,
con palabras indecentes,
que la fuerza del licor
ya las tenia dementes.

Comieron sin saber que,
mirándose unas y otras,
hablando casi en francés,
dicen, quién hará las compras?

Da reloj las diez y media,
y se fueron á comprar,

y la que gastó los cuartos
se ha tenido que empeñar.

Dejemos en este estado
aquesta primera plana,
que en otra segunda parte
la daré finalizada.

SEGUNDA PARTE.

Ya dije en la primer parte
como fueron á comprar
cada cual por su camino
con incomparable afan.

Lo mas caro y lo peor
toman sin regatear,
sin mirar que su marido
gana muy corto jornal.

Este sale al ser de dia,
y dice: mira muger,
por Dios, que á las doce en punto
he de venir á comer.

Viendo esta que son las once,
por no tener desazon,
corriendo enciende la lumbre
echando doble carbon.

Garbanzos, carne y tocino
echa á un tiempo en el puchero,
sin fregar, por no acordarse
de haberlo hecho primero.

Tanta prisa le da al fuelle,
que se olvida de quitar
la espuma que hace la carne
porque la echó sin lavar.

Pica al punto la verdura,
dan las doce menos cuarto,
y con un papel de estraza
limpia cucharas y platos.

Al fin, ya viene el marido,
y esta que le vé entrar,
dice, ahora llega la mia,
y asi le principia á hablar.

Mal haya sea el tendero,
que me ha dado los garbanzos
los mas caros y mas duros,
no hay lumbre para ablandarlos.

Apenas tú te salistes,
cuando los puse á cocer
y aunque quieras, á su tienda
no he de volver otra vez.

De manera, hombre, que estoy
enteramente aburrída,
que no he podido hacer mas
que atender á la comida.

El marido la responde:
has atendido muy bien,
¿no te dije que á las doce
habia de venir á comer?

Pon la mesa, y vamos pronto,
que yo me voy á marchar,
y sin comer no me voy,
que tengo que trabajar.

Deja, le echaré la especia
y unos granitos de sal,
mientras tanto en el plato
las sopas puedes cortar.



Ya remojaron las sopas,
y han principiado á comer,
cuando notan de que el caldo
amargaba como hiel.

Muger de dos mil demonios,
dónde tienes el sentido?
te has empeñado el estar
en campal guerra conmigo?

Esto no es para cristianos,
al punto esas sopas quita,
y porque nadie las vea
échalas en la garita.

Los garbanzos en la olla
todos se habian pegado,
con la fuerza de la lumbre
se habian asocarrado.

Y viendo aquesto el marido
todo falto de paciencia,
olla, comida y cucharas
se lo tiró á la cabeza.

Con un hueso de la carne,
como era de la cabeza,
se le ha clavado en un ojo,
y cayó en el suelo traspuesta.

Maldiciendo su fortuna
se fue el pobre á trabajar,
y ella volviendo en su acuerdo
ha comenzado á gritar.

Favorecerme, vecinas,
que me mata mi marido,
llamen la justicia, y esta
que lo ponga en un presidio.

Acude la vecindad,
y viéndola ensangrentada,
la dicen: por qué ha sido esto?
y ella responde: por nada.

Llaman en fin al alcalde,
y con él á un cirujano,
y atajándole la sangre,
á su marido llamaron.

Este dando su descargo
en buena declaracion,
por curarla, al cirujano
tuvo que darle un doblon.

Al alcalde tres ducados,
al ministro una peseta:
y por último remate
se quedó su muger tuerta.

Esto sucede á menudo,
nadie lo puede dudar:
que haya hombres viendo aquesto
que se atrevan á casar.

Ojo alerta, caballeros,
tomar en esto dechado,
mientras merece el perdon
el autor Pablo Cruzado.

FIN.

VALENCIA:

*Imprenta de Laborda, calle de la Bolsería, núm. 18, donde se
hallarán otras de diferentes títulos.*

